

## RETORNO A LA *POIESIS* COMO CAMINO Y APERTURA ANTE EL DOMINO DE LA TÉCNICA

David Porcel Dieste  
Universidad de Salamanca

### I. Introducción

A comienzos del siglo pasado se hace visible en Occidente uno de los rasgos característicos de las sociedades tecnificadas que todavía hoy puede observarse con especial virulencia. Se trata del malestar social provocado por la tendencia deshumanizadora que protagoniza la esencia de la técnica moderna, y que se traduce en cierta inquietud respecto a la amenaza de que, en vez de promover la realización del hombre, la tecnociencia le aparta de su mundo natural y cultural, empobreciendo sus recursos simbólicos. Dicho empobrecimiento es alimentado por una ideología científicista responsable de legitimar cualquier decisión en aras del progreso científico y tecnológico sin tener en cuenta muchas veces un discurso ético humanista. Como señala Franco Volpi, en el mundo tecnificado la fuerza normativa de la ética va cediendo al imperialismo de la técnica y de la ciencia que, con sus normas y preceptos, van modelando una nueva manera de vivir basada en un modo de sentir, de pensar y de producir específicos: “Imponen obligaciones que vinculan más que todas las éticas escritas en la historia de la humanidad, volviendo superfluo, de ahora en adelante, todo otro imperativo. La ciencia y la técnica organizan la vida sobre el planeta con la ineluctabilidad de un desplazamiento geológico. Frente a ellas, la ética y la moral tienen ya la belleza de los fósiles raros.”<sup>1</sup>

Sin duda una de las obras que mejor describen en el pasado siglo este proceso de deshumanización es *El trabajador* (1932) de Ernst Jünger. En dicha obra el autor descubre que el aspecto idiosincrásico del nuevo fenómeno global que está apareciendo no es tanto la centralización del valor del rendimiento como su invasión a todos los ámbitos sociales. Tanto en los espacios pensados para el trabajo como en los destinados al esparcimiento, el hombre se ve sujeto a la necesidad de formar parte de sistemas técnicos a cuyas exigencias debe responder: “El espacio de trabajo es ilimitado, de igual manera que la jornada de trabajo abarca veinticuatro horas. Lo contrario del trabajo no es acaso el descanso o el ocio; no hay, desde este ángulo de visión, ninguna situación que no sea concebida como trabajo.”<sup>2</sup> El autor observa que el nuevo «tipo» humano<sup>3</sup> que sustituye a las antiguas formaciones sociales –el individuo y la masa– es el «trabajador», debidamente formado y preparado para la realización de tareas que aquellos sistemas solicitan. En este sentido, el trabajador ya no se define por cualidades individuales o culturales, sino por el tipo de construcción técnica a la que pertenece. Es decir, los factores que definen al ser humano ya no son la tradición o el carácter, sino la

función específica que el individuo ha de desempeñar dentro de la organización técnica de la que forma parte.<sup>4</sup>

Influido por *El trabajador* de Jünger, el filósofo Martin Heidegger describe en *La pregunta por la técnica* (1954) el nuevo modo de estar del ser humano en este mundo cada vez más técnico y alejado de los usos y costumbres pasados. Sin embargo, su preocupación no es tanto el hecho de que el mundo se convierta en un escenario completamente técnico, como que el hombre no halle los recursos necesarios para adaptarse a esta transformación acelerada que imponen los nuevos sistemas técnicos.<sup>5</sup> Este aceleramiento con el que se desarrolla el mundo tecnológico va acompañado inevitablemente de la creciente tendencia a convertir todo cuanto existe en objeto de uso y de consumo. En un mundo desprovisto del carácter mágico que antaño todo lo llenaba, sólo tiene cabida lo que es susceptible de ocupar un lugar como objeto de posesión y consumo. Heidegger ya advierte que el mundo revelado por la tecnociencia es un mundo manipulable, en el que los recursos o «existencias» no están concebidos para ser contemplados o preservados, sino para ser usados y desechados: “La conversión en recurso de casi todo lo que nos rodea es obra del sistema económico de la tecnociencia, en complicidad con un sistema económico basado muy especialmente en el consumo. De modo que hoy el mundo tiende a aparecérsenos (a revelarse) como un enorme almacén de existencias.”<sup>6</sup>

En definitiva, autores como Jünger o Heidegger entienden que el nuevo modo de estar del ser humano en el mundo tecnificado le aparta de las condiciones propicias para el desarrollo de actividades que, como el arte, el juego o la meditación, exigen salirse de las demandas técnicas y abandonar, aunque sea provisionalmente, el pensamiento acelerado al que tan acostumbrados estamos.<sup>7</sup> En esta circunstancia, por la que el ser humano parece verse privado de las condiciones de posibilidad para su desarrollo y realización, hemos de situar el doble propósito de este trabajo: por un lado, centrándonos en el discurso heideggeriano, entender el retorno a una relación *poiética* con la técnica como una salida al problema de la esencia de la técnica moderna; y, por otro, examinar la viabilidad de la propuesta de Heidegger respecto a la posibilidad de dicho retorno. Para ello, en primer lugar, nos centraremos en comprender los motivos que llevan al filósofo a pensar que la esencia de la técnica moderna es *el* problema del hombre contemporáneo.

## II. El problema del hombre contemporáneo

En *La pregunta por la técnica* Heidegger entiende que la esencia de la técnica, lejos de consistir en una forma de instrumentalización o de reforma del medio natural, tal como defiende la concepción instrumental tradicional, consiste en ser un modo de desvelar o desocultar un aspecto de la Naturaleza. La técnica es, en esencia, un modo de desocultar, en tanto en cuanto hace aparecer las cosas de diferentes maneras. Por ejemplo, por la técnica agrícola, se nos muestra la tierra en tanto que cultivable; por la técnica naval se nos aparece el mar como algo navegable, se nos descubre su cualidad de la navegabilidad, etc. Heidegger considera, en este sentido, que la esencia de la técnica consiste en ser una forma de desvelamiento o desocultamiento del ser. La diferencia entre la técnica antigua y la moderna, a su entender, consiste fundamentalmente en el modo de desocultar y en la manera de comportarse aquello que es desocultado: mientras que la *techne* – τέχνη- es un modo de la *aletheia* – ἀλήθεια-, de desvelamiento o descubrimiento de una realidad que yace ahí, en tanto en cuanto “saca de lo oculto algo que no se produce a sí mismo y todavía no se halla ahí delante”<sup>8</sup>, el modo de hacer salir lo oculto propio de la técnica moderna consiste en “una provocación que pone ante la Naturaleza la exigencia de suministrar energía que como

tal pueda ser extraída y almacenada.”<sup>9</sup> En el primer caso, el objeto desocultado - «utensilio»-, desde el momento de su constitución, se comporta como algo dispuesto para su utilización, mientras que el objeto que desoculta la técnica moderna - «existencia»- no aparece como algo destinado a su utilización inmediata, sino a una nueva solicitud dentro del sistema técnico. Así, mientras que la técnica antigua se limita a provocar a la Naturaleza para que suministre el producto, la técnica moderna la provoca para que suministre energía almacenable y dispuesta para una nueva solicitud: “El hacer salir lo oculto que prevalece en la técnica moderna es una provocación que pone ante la Naturaleza la exigencia de suministrar energía que como tal pueda ser extraída y almacenada. Pero ¿no es esto válido también para el antiguo molino de viento? No. Sus aspas se mueven al viento, quedan confiadas de un modo inmediato al soplar de éste. Pero el molino de viento no alumbra energías del aire en movimiento para almacenarlas.”<sup>10</sup>

Así, Heidegger entiende que la esencia de la técnica moderna consiste en la forma del hacer salir lo oculto como recurso almacenable, desechable, a lo que llama «existencias»: “En tanto que conjunto de «existencias» el mundo se nos revela como depósito, como serie de consumibles, de cosas que tienen su valor en función de su explotación y su consumo.”<sup>11</sup> Por tanto, mientras que la técnica antigua se limita a aprovecharse de la Naturaleza para la elaboración del producto, la técnica moderna emplaza a la Naturaleza a cumplir una determinada función dentro del sistema técnico que se pone en relación con el resto de funciones de éste u otros sistemas más amplios.: “En todas partes se solicita que algo esté inmediatamente en el emplazamiento –es decir, que tenga su plaza, su lugar- y que esté para ser solicitado para otra solicitud. Lo así solicitado tiene su propio lugar de estancia, su propia plaza. Lo llamamos las existencias.”<sup>12</sup> Por ejemplo, es conocido el ejemplo de la moderna central hidráulica emplazada en la corriente del río, que emplaza a la corriente de agua a ocupar un lugar para que suministre presión y ello en vistas de una nueva solicitud, a saber, la disponibilidad de corriente eléctrica<sup>13</sup>; o el caso del guardabosques, que se ocupa de medir la cantidad de madera cortada y, tanto si lo sabe como si no, está emplazado y solicitado por la industria del aprovechamiento de la madera. Está solicitado a la solicitabilidad de celulosa, provocada a su vez por la necesidad de papel, que a su vez responde a la solicitud de la opinión pública a leer lo allí impreso; también al investigador clínico se le solicita a que solucione un determinado problema en vistas de una nueva solicitud, como demandar la producción de tal fármaco destinado a la cura de la depresión; o al ciudadano, que es emplazado a consumir un determinado producto en vistas de una nueva solicitud, por ejemplo, la de confirmar o calcular un estudio estadístico sobre las costumbres o hábitos consumistas.

Estos ejemplos no sólo muestran la invasión a todos los ámbitos sociales de esa tendencia irreversible a convertir todo en «existencias», sino el hecho de que el ser humano también se encuentra sometido a las mismas condiciones por lo que algo es convertido en «existencia». En efecto, quiéralo o no, el hombre se ve sujeto a la exhortación a ocupar una «plaza» dentro de un determinado sistema técnico. Desde esta concepción de la técnica, Heidegger describe fenomenológicamente el modo de estar del hombre contemporáneo como un estar «emplazado», provocado a una nueva solicitud. El hombre se encuentra provocado a extraer y almacenar «existencias». Se explotan los recursos naturales, pero también los seres humanos pueden ser explotados, es decir, vistos y tratados como meros recursos disponibles dispuestos, a su vez, para abastecer energía y sacar su rendimiento. Es su manera de encontrarse, de ser en el mundo, que en lo sucesivo va a determinar su campo de acción. Desde este punto de vista, el modo de ser no es algo que se conquiste o realice, en el sentido de la vocación,

sino algo que se solicita desde la exhortación o provocación propia de la esencia de la técnica moderna. Ahora el que llega a ser no es porque lo ha querido ser, sino porque se le ha solicitado ser.

Por tanto, advierte Heidegger, el peligro no es la técnica, considerada como un ensamblaje de aparatos sujetos al uso y disponibilidad humanos, sino la esencia de la técnica moderna, que en sí misma no es nada técnico: “La esencia de la técnica, como un sino del hacer salir lo oculto, es el peligro.”<sup>14</sup> Heidegger identifica la esencia de la técnica moderna como aquella exhortación que provoca al hombre a solicitar lo que sale de lo oculto como «existencias», lo que llama *Gestell*.<sup>15</sup> En efecto, como provocación al solicitar, la «estructura de emplazamiento» (*Gestell*), que provoca, que coliga al hombre a solicitar lo que sale de lo oculto como existencias, amenaza con la posibilidad de que todo cuanto existe se presente en el estado de desocultamiento como «existencias», con las consecuencias que ello supone: en primer lugar, que no haya lugar para otras formas de desocultamiento, con lo cual, se ve amenazada la existencia de otras formas de verdad, como la verdad como descubrimiento en la *episteme* o la verdad como presencia en la *techne*; en segundo lugar, que el hombre pierda consciencia de la situación a la que ha ido a parar, por la que por doquier es imperado a ser una «existencias» más o convertido en un recurso que tiene valor sólo dentro y para el sistema técnico al que pertenece. Esta situación de inconsciencia, a juicio de Heidegger, es el verdadero problema en tanto en cuanto priva al hombre de su libertad para la renuncia y el cambio. En efecto, la omnipresencia del estado de desocultamiento del ser humano como «existencia» supone la pérdida de cualquier referente opuesto en relación al cual aquél puede ser definido y, por ende, rechazado. Por lo mismo que sólo puede amarse lo que primero se conoce, no se puede renunciar lo que se desconoce: “El hombre está de un modo tan decidido en el séquito de la provocación de la estructura de emplazamiento, que no percibe ésta como una interpelación, que deja de verse a sí mismo como el interpelado, y con ello deja de oír todos los modos como él ec-siste desde su esencia en la región de una exhortación, y con ello nunca puede encontrarse consigo mismo.”<sup>16</sup>

Por tanto, según el autor, el problema del hombre contemporáneo se cifra en el dominio de la esencia de la técnica moderna, en tanto en cuanto dicho dominio aleja al hombre del descubrimiento de otras formas verdad, así como de la posibilidad de ensayar nuevos caminos. El propio camino de Heidegger, que nos pone ante la tarea de responder a la pregunta por el ser, es la mejor muestra de que todavía está viva la necesidad de metafísica, de que el olvido del ser no es definitivo. Ahora bien, el problema del hombre no sólo radica en la inconsciencia de su estado de indigencia, sino en la desconexión en que se encuentra respecto de sus anhelos y necesidades más profundos. En efecto, tal como se ha apuntado, el modo de estar «emplazado» o solicitado conlleva irremisiblemente al olvido del ser y de sus demandas. En efecto, los nuevos ritmos artificiales procedentes de las estructuras tecnológicas que regulan las actividades humanas no sólo inauguran nuevas posibilidades vitales y tecnológicas, sino el comienzo de una era que lleva al ser humano al olvido de su libertad: a fuerza de someter el ritmo del corazón al de los autómatas, el ser humano llega a olvidar la sensación de libertad asociada a las demandas del «corazón»<sup>17</sup>, más aún, que en su mano está la libertad, la posibilidad de vivir conforme a su vocación. Así, esta situación en que se halla el hombre contemporáneo, por la que éste es continuamente «emplazado» o llamado a participar del movimiento que imponen los autómatas, conlleva a la inacción del *eros* –y, consecuentemente, de toda actividad creadora asociada a él-, que queda en un estado de inactividad, de latencia.

### III. «Pero donde está el peligro, crece también lo que salva»

Ante esta situación, Heidegger advierte que la tendencia natural a secundar la exigencia de rendimiento procedente del sistema técnico, que actúa en inseparable relación con el sistema económico, no hace más que contribuir a expandir y agravar la situación de desconexión respecto de las demandas del ser. La solución está en otra parte, fuera del discurso visible, convencional, teniendo en cuenta que la apertura a otras formas de verdad sólo puede acontecer desde el supuesto de que el dominio de la técnica como modo de desocultar de «existencias» se ha hecho *total*. La solución pasa porque el hombre renuncie a esa provocación a la Naturaleza, a ese desocultarla como «existencias», que le pone en el camino del mero consumo o posesión del producto, pero contando con que no tiene más remedio que hacerlo desde su condición de estar «emplazado». En este sentido, no se trata de negar o intentar frenar el progreso tecnológico –que sigue imparables siguiendo sus leyes- ni de volver a la Naturaleza a través de ella –ello es imposible, porque nunca se estuvo arraigado en ella-, sino de retornar a la *techne* como modo de hacer salir lo oculto en medio del dominio de la esencia de la técnica moderna: “En medio del peligro que, en la época de la técnica, más bien se oculta que no se muestra, ¿un hacer salir lo oculto más inicial sería capaz tal vez de llevar a lo que salva a su primer lucir?”<sup>18</sup> De lo que se trata, en este sentido, es de retornar a una relación *poiética* con la técnica que nos ponga en un camino que no eluda, sino que nos aproxime a nuestro ser, teniendo en cuenta que el puro poder de la técnica no provoca sino a permanecer en ese estado de indigencia y desatención. Es decir, no se trata de convivir con una Naturaleza sometida, despojada de su ser, sino contando con ella, atribuyéndole un papel activo en el ejercicio de la actividad, poniendo en juego el *eros* y sacándolo de ese estado de inactividad en que había quedado. En definitiva, la técnica *no* ha de concebirse como el centro de gravedad hacia el cual sean impulsados los movimientos libres, sino como una manera de encauzar el afán creador y de búsqueda. Ahora es el *eros* el que ha de ocupar el lugar central en el proceso técnico.

Esta nueva relación con la técnica, por la que ésta se pone al servicio del deseo y da origen a otras formas de desocultar, afirma Heidegger, incluye, como una de sus formas, al arte como *poiesis* - ποιησις-, en tanto que, lo mismo que la *techne*, el arte trae a presencia una realidad que yace ahí oculta: “la figura humana que aparece esculpida en la piedra, o el paisaje sobre la tela, o la composición interpretada por el músico por su instrumento... todo eso son técnicas que revelan, que hacen aparecer lo que antes permanecía latente”<sup>19</sup> Por tanto, la *techne*, como modo de la *aletheia*, incluye a la *poiesis* como una de sus formas, de ahí que en la antigua Grecia, señala Heidegger, el arte no fuera considerado como un sector de la creación cultural, sino como un hacer salir lo oculto de lo ahí yacente.<sup>20</sup> Sin embargo, advierte el filósofo, el retorno al arte como apertura sólo es posible en tanto en cuanto el aspecto esenciante de la *techne* –y, por ende, de la *poiesis*- es el mismo que el de la técnica moderna. En efecto, es el parentesco esencial que aúna el arte y la técnica lo que hace posible, a juicio de Heidegger, el retorno a otras formas de verdad: “Este producir que hace salir delante, por ejemplo, el colocar una estatua en la zona de un templo, y el solicitar que provoca, que hemos estado considerando ahora, son sin duda fundamentalmente distintos y sin embargo están emparentados en su esencia. Los dos son modos de hacer salir lo oculto, de la *aletheia*.”<sup>21</sup> Así, la similitud que aúna ambas formas de desocultamiento explica que el arte como apertura pueda desarrollarse donde domina la esencia de la técnica moderna, de forma que sólo un modo de hacer salir lo oculto – como traer-ahí-delante, como *poiesis* - que esté emparentado con la esencia de la técnica moderna puede desocupar el dominio de ésta. El arte puede crear oasis dentro del desierto, puede echar

raíces y mantenerse en él, de ahí la alusión de Heidegger a las palabras de Hölderlin «Pero donde está el peligro, crece también lo que salva.»<sup>22</sup>

#### IV. Preguntando por las condiciones de posibilidad

Heidegger se muestra por tanto optimista respecto a la posibilidad de la *poiesis* en un mundo en el que todo parece gravitar en torno a la técnica. Sin embargo, el peligro que ya atisba Heidegger, y que nos hace cuestionar dicho optimismo, radica en que el dominio de la esencia de la técnica moderna se ha hecho ya *total*. En efecto, fenómenos como la «vida conectada» a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, la llamada «tecnoddependencia», o nuevas dolencias consecuencia del desequilibrio entre los ritmos naturales y los artificiales<sup>23</sup>, revelan la reducción de espacios para actividades que precisan del ensimismamiento, la serenidad o el sosiego. La cuestión es si, inmerso como está el ser humano en la *Gestell* y ante el dominio de ésta en todos los ámbitos sociales, aquél puede desatender efectivamente la exhortación que le impone el camino de la «plaza» y de la «solicitud». En un mundo en el que la condición para ingresar en el orden de lo real es la de contribuir al rendimiento que demandan los sistemas técnicos, cabe suponer que no hay otra forma de ser que no sea la que determine el camino de la «solicitud»; y es que, como ya se ha señalado, el modo de ser en el mundo tecnificado no es algo que se conquiste o realice, en el sentido de la vocación, sino algo que se solicita desde la exhortación o provocación propia de la esencia de la técnica moderna.

Por tanto, la imposición procedente de la esencia de la técnica moderna, y que hace sospechar de la viabilidad de la apertura a otras formas de verdad, es de doble naturaleza: por un lado, a pesar y en contra de la voluntad, el hombre se encuentra irremediamente exhortado o solicitado a ocupar una «plaza» que demanda el sistema; por otro, aquél tiene que acabar adaptándose o sometándose a las imposiciones procedentes de la estructura técnica para llegar a ser. En efecto, quiéralo o no, desde el momento en que se le impone una «plaza», un lugar, se considera al individuo ya como una parte más del sistema, y entonces tiene que decidir habiendo ya asumido, de una forma consciente o inconsciente, su pertenencia a dicho sistema.<sup>24</sup> El problema, por tanto, es que ya no se da la posibilidad para la vocación, para ser conforme al deseo de búsqueda o realización personales, porque no hay nada que *ser* fuera del lugar que reserva para ello la *Gestell*.

Teniendo esto en cuenta, la pregunta es si, como piensa Heidegger, es posible el retorno a la *techné*, como apertura a otras formas de desocultamiento, desde la «plaza» que irrevocablemente ha de ocupar el ser humano dentro del sistema técnico; o, por el contrario, el límite que establece el modo de estar «emplazado» es ya inabarcable y comprende todo cuanto puede ser, por lo que las condiciones del ser están ya reservadas al dominio de la esencia de la técnica moderna. Si bien el preguntar mismo que inicia Heidegger puede considerarse como un síntoma de que todavía está viva la necesidad metafísica, y por tanto, de que es todavía posible la apertura a otras formas de desocultamiento de la verdad, el preguntar mismo también puede, sin embargo, interpretarse como una respuesta más a las demandas de un sistema que precisa de una visión totalizadora de conjunto. Y es que, en este sentido, la consumación o acabamiento de las posibilidades de la *Gestell* podría bien consistir en la visión totalizadora de sí misma.

<sup>1</sup> VOLPI, FRANCO, Siruela, Madrid, 2007, *El nihilismo*, pp. 190

<sup>2</sup> JÜNGER, ERNST, Tusquets, Barcelona, 1993, *El trabajador*, pp. 91

<sup>3</sup> Véase JÜNGER, ERNST, *El trabajador*, pp. 117-131

---

<sup>4</sup> Al respecto, Jünger afirma que “hay una gran diferencia entre la manera como, por ejemplo, los gremios antiguos adjudicaban a alguien una actividad y la manera en que hoy se especializa el trabajo. En el primer caso el trabajo es una magnitud estable y divisible, en el segundo caso es una función que se pone en relación de modo total con otras funciones.”, en JÜNGER, ERNST, *El trabajador*, pp. 101, 102

<sup>5</sup> Véase VOLPI, FRANCO, *El nihilismo*, pp. 165

<sup>6</sup> ESQUIROL, JOSEP M., Gedisa, Barcelona, 2006, *El respeto o la mirada atenta*, pp. 48

<sup>7</sup> Al respecto, cabe añadir, lo grave de la cultura contemporánea no es tanto el perjuicio al que nos lleva el «estrés» como la centralización que en la escala de valores éste ocupa en la vida contemporánea. En este sentido, el aspecto más inquietante es que se haya instituido la práctica, fundamentalmente en el mundo empresarial, de ordenarse socialmente por la capacidad de resistir al estrés y tomar decisiones calculadas en poco tiempo. Y es que el estrés, o mejor, la capacidad de vivir y trabajar *en él*, no sólo es una consecuencia de este mundo ordenado por los valores de la competitividad y la rentabilidad, sino un criterio para establecer las jerarquías sociales de poder.

<sup>8</sup> HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 14 en Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994, *Conferencias y artículos*.

<sup>9</sup> Ídem, pp. 15

<sup>10</sup> Ídem, pp. 15

<sup>11</sup> ESQUIROL, JOSEP M., Gedisa, Barcelona, 2011, *Los filósofos contemporáneos y la técnica*, pp. 56

<sup>12</sup> HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 17

<sup>13</sup> “La central hidroeléctrica no está construida en la corriente del Rin como el viejo puente de madera que desde hace siglos junta una orilla con otra. Es más bien la corriente la que está construida en la central. Ella es ahora lo que es como corriente, a saber, suministradora de presión hidráulica, y lo es desde la esencia de la central.” en HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 16

<sup>14</sup> HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 26

<sup>15</sup> “A aquella interpelación que provoca, que coliga al hombre a solicitar lo que sale de lo oculto como existencias, lo llamamos ahora la *estructura de emplazamiento (Ge-stell)*” en HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 24

<sup>16</sup> HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 25

<sup>17</sup> Es decir, demandas que, como el impulso de conocimiento, de libertad o de unión, proceden del fondo originario de la naturaleza humana y, como tales, obedecen a leyes distintas de las leyes que impone la lógica o el raciocinio.

<sup>18</sup> HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 30

<sup>19</sup> ESQUIROL, JOSEP M., *Los filósofos contemporáneos y la técnica*, pp. 52

<sup>20</sup> “Las artes no procedían de lo artístico. Las obras de arte no eran disfrutadas estéticamente. El arte no era un sector de la creación cultural. ¿Qué era el arte? ¿Tal vez sólo para breves pero altos tiempos? ¿Por qué llevaba el sencillo nombre de τεχνη? Porque era un hacer salir lo oculto que trae de y que trae ahí delante y por ello pertenecía a la ποιησις” en HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 31

<sup>21</sup> HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 20

<sup>22</sup> Véase HEIDEGGER, MARTIN, *La pregunta por la técnica*, pp. 26

<sup>23</sup> Al respecto, el escritor Ernesto Sábato afirma: “El hombre no se puede mantener humano a esta velocidad, si vive como autómatas será aniquilado. La serenidad, una cierta lentitud, es tan inseparable de la vida del hombre como el suceder de las estaciones lo es para las plantas, o del nacimiento de los niños” en SÁBATO, ERNESTO, Seix Barral, Barcelona, 2009, *La resistencia*, pp. 102

<sup>24</sup> Jünger pone el ejemplo de la pertenencia al sistema eléctrico: “De una construcción orgánica no se forma parte por una decisión de la voluntad individual – es decir, por el ejercicio de un acto de libertad burguesa-, sino por un entretrejimiento objetivo que viene determinado por el carácter especial de trabajo. Y así, para elegir un ejemplo baladí, tan fácil resulta ingresar en un partido político o salirse de él como difícil es salirse de especies de asociación a las que se pertenece por el mero hecho de estar abonado, por ejemplo, a la corriente eléctrica” en JÜNGER, ERNST, *El trabajador*, pp. 116